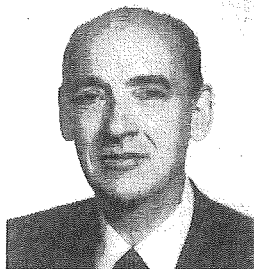


## EL TECHO ES DE VERDAD

EBASADO ya en unos meses el ecuador constitucional de la legislatura, que empezó en octubre del 82, las palabras, los gestos y las acciones de los políticos y de los partidos están orientados todos ellos a los próximos comicios. La pugna está en el mismo lugar de siempre, en la más fluida zona electoral, que es la del voto «para». Porque hay otras dos, la del voto «cautivo» y la del voto «contra», que tienen tomada ya su decisión tanto en el lado de la derecha como en el de la izquierda. Los votos «cautivos» del partido del Gobierno y los de las oposiciones —de la derecha y de los nacionalismos— sumándoles también por la izquierda unos cientos de miles de sufragios vinculados a los comunistas, comprenden casi la mitad del censo. El voto «contra» suma un porcentaje del orden del veinte o veinticinco por ciento más (aunque algunos sociólogos o psefólogos, que es como habría que llamar a los expertos en materias electorales, incluirían entre los sufragios «contra» muchos que contemplados desde la perspectiva más optimista de partidos y políticos se considerarían «leales» o «cautivos»). Pero donde se decide la suerte del siguiente cuatrienio es en dos franjas relativamente contiguas del espectro de la opinión pública.

La primera comprende los casi tres millones de electores que en 1982 dieron su apoyo a los diversos «centros» —los residuos de la antigua UCD, bajo este nombre o al amparo de la popular figura del presidente Suárez, y los nacionalismos vasco y catalán—. La segunda es la de los nuevos apoyos que logró el PSOE en el año 82, y que esperaban que, viniendo otros gobernantes nuevos, las cosas iban a funcionar.

Hay que proclamar que desde el Gobierno no ha dejado de prestarse atención a estos electores: para ellos se ha rectificado bastante perceptiblemente en la política exterior, llegando a incluir la OTAN en el programa del PSOE; se ha mantenido una política económica avanzada, y hasta cierto punto intervencionista, pero de guante blanco ante la economía de mercado en la medida que el país da para ello; se ha



ANTONIO  
FONTÁN

respetado a las instituciones nacionales no políticas, como las Fuerzas Armadas o la Iglesia, la mayor parte de los cuadros y de las profesiones liberales, la Banca, el mundo de los negocios, o por lo menos no se las ha hostilizado abiertamente.

La oposición —o las oposiciones— si aspira a cambiar sus bancos por los del Gobierno, tiene que elaborar un programa que esté orientado a estos objetivos políticos principales, según los destinatarios: tiene que ofrecer mejores expectativas a los ciudadanos del centro, devolviendo un ambiente de confianza al mundo de las empresas, ampliando las libertades de modo que haya lugar a un mayor despliegue de iniciativas; abriendo ante los nacionalismos territoriales y los otros gobiernos autonómicos un horizonte de desarrollo político y social.

AS primeras elecciones generales pueden ser en cualquier fecha, desde noviembre del 85 a noviembre del 86. Los acuerdos entre personas son importantes, como también lo son los convenios entre grupos. Pero lo más urgente para el centro y la derecha, si quieren ganar, es casar los proyectos políticos concretos y hacederos de cada uno de los sectores. Y, probablemente, ocurre algo paradójico. La derecha, propiamente dicha, es quizá la que más votos aportará a esas ofertas coordinadas. Pero también es la que más sacrificios ideológicos, políticos y personales ha de realizar. Porque en el último cuarto de siglo, desde el 59 ó 60, España ha cambiado mucho. Todo el mundo occidental ha cambiado también mucho. Pero en España, como consecuencia del retraso histórico en alcanzar el tren de la modernidad durante el siglo XIX, y de nuestro inveterado aislamiento, especialmente acusado en los años del régimen anterior, en España, repito, las cosas han cambiado mucho más. Sólo con el esfuerzo de la derecha para acercarse a la zona del centro, será posible que las actuales oposiciones rebasen un techo que, efectivamente, tienen. No un techo de tal o cual persona, sino un techo político y electoral, en que hay que fijarse bien para no darse un coscorrón.